ESTUDIOS DE PSICOLOGÍA
SOCIAL EN MÉXICO

Estudios de psicología social en México

Primera edición, diciembre de 2019

DR © Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Iztapalapa

DR © Ediciones del Lirio, S.A. de C.V.
Azucenas 10, Col. San Juan Xalpa,
Del. Iztapalapa, C.P. 09850, Ciudad de México
<www.edicionesdellirio.com.mx>

Cuidado de la edición: Jorge Sánchez Casas
Diseño editorial y forros: Ana Patricia Reyes

ISBN:

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico.*

ESTUDIOS DE PSICOLOGÍA SOCIAL EN MÉXICO

Gloria Elizabeth García Hernández
Martha de Alba González
Jorge Mendoza García
J. Octavio Nateras Domínguez
(Coordinadores)

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Sociología
ediciones del lirio

ÍNDICE

9 PRESENTACIÓN

ESCENARIOS Y USOS SOCIALES

21 PÁNICO MORAL, USO DE INTERNET, REDES SOCIALES Y TECNOLOGÍAS
Juan Soto Ramírez

49 PSICOLOGÍA SOCIAL COMUNITARIA, CAPITALISMO, COLONIALIDAD Y PATRIARCADO
Eduardo Almeida Acosta

69 COMUNIDAD(ES): TRES CONCEPTOS, TRES EXPERIENCIAS
Juan Carlos Huidobro Márquez, Erik Salazar Flores

95 PSICOLOGÍA DE LA RELIGIÓN. HACIA UNA CONSTRUCCIÓN DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL
Josué Tinoco Amador
Osusbel Olivares Ramírez

129 ESTUDIOS DE REPRESENTACIONES SOCIO-TERRITORIALES EN MÉXICO
Martha de Alba González

163 PLEXONOMÍA DE LA MOVILIDAD URBANA
Carlos Enrique Silva Ríos

189 SEGURIDAD Y CONSTRUCCIÓN CIUDADANA
Alejandro Sánchez Guerrero

225 LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA Y CARCELARIA: ESCENARIOS PARA EL EJERCICIO DEL PODER Y LA VIOLENCIA
Santos Noé Herrera-Mijangos, Dayana Luna-Reyes, Itzia María Cazares-Palacios

GÉNERO Y CUERPO

243 LA DIMENSIÓN DE GÉNERO EN EL ANÁLISIS DEL ESPACIO URBANO. ENTRE PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES
Paula Soto Villagrán

265 LOS PADRES OBSERVADOS A TRAVÉS DEL CINE MEXICANO
Rafael Luna Sánchez

293 ELEMENTOS PARA PENSAR LAS POLÍTICAS DE IGUALDAD DE GÉNERO
Alma Rosa Colin Colin

323 MECANISMOS PSICOSOCIALES DE EXCLUSIÓN DE LAS MUJERES EN ESPACIOS COMUNITARIOS EN CHIAPAS, MÉXICO
Óscar Cruz Pérez, Hildebertha Esteban Silvestre, Jesús Ocaña Zúñiga, Germán Alejandro García Lara, Carlos Eduardo Pérez Jiménez

351 NARRATIVA, IDENTIDAD Y GÉNERO: UNA APROXIMACIÓN PSICOSOCIAL
Antar Martínez-Guzmán

377 HACERSE DE UN CUERPO CARCELERO. LA FORMACIÓN INICIAL DEL TRABAJADOR PENITENCIARIO EN UN PENAL CERTIFICADO DE MÉXICO
Pablo Hoyos González, Eugenia Lugo Mora

397 ENTRE DOS TIERRAS: IDENTIDADES CULTURALES DE MUJERES JÓVENES TRANSFRONTERIZAS (MÉXICO/EEUU)
Iris Rubí Monroy Velasco, Miryam Espinosa-Dulanto

FRONTERAS Y SUJETOS SOCIALES

429 IDENTIDAD, VALORES, ACCIÓN Y PROYECTOS: VINCULANDO EL CONTEXTO CON LA SUBJETIVIDAD
Ma. Emily Ito Sugiyama

449 MIGRACIÓN INTERNACIONAL. ALGUNAS CONSIDERACIONES DESDE LO PSICOSOCIAL
Javier Zavala Rayas, Georgina Lozano Razo, María Dolores García Sánchez

469 EL ESTUDIO DE LA SOCIALIZACIÓN POLÍTICA: PERSPECTIVAS PSICOSOCIAL Y SOCIOPOLÍTICA
J. Octavio Nateras Domínguez, Araceli Nava Navarro

497 CURSO DE VIDA, TRAYECTORIAS Y TRANSICIONES. ALGUNOS ESTUDIOS SOBRE FENÓMENOS DE LA VIDA COTIDIANA
Gloria Elizabeth García Hernández

529 LAS JUVENTUDES: ¿UNA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA AUSENCIA? DILEMAS DE LA INVESTIGACIÓN HORIZONTAL E INTERVENCIÓN EN ESCENARIOS DE VIOLENCIAS AL LÍMITE
Alfredo Nateras Domínguez

565 LA VEJEZ Y SU SENTIDO. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL
Júpiter Ramos Esquivel, Adriana Marcela Meza Calleja

595 MAGÓN, CABAÑAS Y MARCOS: TRES RETRATOS DE RESISTENCIA Y MEMORIA SOCIAL
Jorge Mendoza García

637 PROPUESTAS PARA UNA REFLEXIÓN SOBRE PSICOLOGÍA SOCIAL Y REPRESENTACIONES SOCIALES
Denise Jodelet

653 A MANERA DE SALIDA
Martha de Alba, Gloria Elizabeth García, Jorge Mendoza, Octavio Nateras

657 AUTORES

LAS JUVENTUDES: ¿UNA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA AUSENCIA? DILEMAS DE LA INVESTIGACIÓN HORIZONTAL E INTERVENCIÓN EN ESCENARIOS DE VIOLENCIAS AL LÍMITE

Alfredo Nateras Domínguez

INTRODUCCIÓN

El espíritu de este texto es hacer un planteamiento teórico/metodológico/epistémico; plástico, plural y abierto, con respecto a uno de los sujetos y de los actores sociales más emblemáticos de nuestras sociedades contemporáneas: *las juventudes.* Se apunta a ciertas prácticas sociales, expresiones culturales y definiciones políticas, desde los territorios de la psicología social sociológica, a partir de utilizar las unidades de análisis de lo grupal, las identificaciones y la acción colectiva (Melucci, 1999), en el campo de las violencias sociales.

Ligaremos la perspectiva de la psicología social sociológica, abogando a una estrategia académico transdisciplinar, con lo que se ha dado en llamar, la sociología de la juventud siguiendo la Escuela de Chicago, por ejemplo y, la antropología también de la juventud –la veta culturalista de- Franz Boas y Margaret Mead y Ruth Benedict y empleando el concepto de *culturas juveniles* (Feixa, 1998). Todo esto como epicentros a México y al Triángulo del Norte Centroamericano (TNC) –que incluye a los países de El Salvador, Honduras y Guatemala– en lo concerniente a las violencias –en particular, las de muerte– en las que están inmersos ciertos agrupamientos infanto-juveniles como los "*Cholos*", la "*Mara Salvatrucha*" (MS-13), la "*pandilla*" del "*Barrio 18*" (B-18), la "*Mara Mao*" y la "*Mara Máquina*" (Nateras, 2010, 2015). A tales actores y sujetos

sociales se les podría caacterizar como "*identidades deterioradas*" o "*identidades desacreditadas*", siguiendo la narrativa de Erving Goffman (1993).

Las culturas juveniles[120] (Feixa, 1998), son "micro sociedades", que comparten un estilo de vida, una visión de la existencia y se definen sustancialmente por la manera en que visten, cómo hablan, los lugares donde se divierten, el uso del tiempo libre, el diseño de sus estéticas corporales, las drogas que consumen, la música que escuchan, sus posturas políticas, sus creencias religiosas y su relación con las instituciones del Estado.

En este sentido, lo más visible y espectacular tiene que ver con las intervenciones de la calle que llevan a cabo –en formatos tipo grafitis, murales, placasos–; la apropiación real y simbólica de los espacios públicos; las socialidades desplegadas; los consumos culturales que realizan; el uso de las tecnologías de la información y de la comunicación (TICS); la expresión del descontento y del malestar social en las manifestaciones callejeras (Valenzuela, 2015a). Por ejemplo, los "*emos*", los "*reageatoneros*", los "*skates*", los "*rocanroleros*", los "*heavy metaleros*", los estudiantes, los "*indignados del mundo*", el #*Yo Soy 132*, los "*punks*" y los "*anarquistas*", han sido y son de los más llamativos.

Por lo que atañe a las "*identidades deterioradas*" o "*identidades desacreditadas*" (Goffman, 1993) implican a aquellas que por sus características o cualidades están en desventaja en las relaciones sociales y culturales con las y los otros; ya sea con respecto a otros sujetos, grupos o instituciones. "*Deterioradas* o *desacreditadas*" por ejercer determinadas prácticas sociales, es decir, jóvenes consumidores de drogas –marihuana– (Ramos, Zamudio, Saltijeral, 2016); o por sus expresiones culturales –los "*hip hoperos*", ya que por lo común se les consideran "vándalos" o "delincuentes"–; o por sus "fachas" y el diseño de sus estéticas corporales –traer tatuajes o perforaciones–; o pertenecer a una *cultura o identidad juvenil* específica; o por sus posiciones políticas –anarquistas–.

En cuanto a *las violencias*, vale remarcar que todas éstas son sociales, en tanto se construyen y se tejen en los vínculos intersubjetivos con la caracterís-

120 El lector interesado con respecto a una visión analítica y crítica del concepto: *culturas juveniles*, consultar el trabajo de Rodrigo Díaz, "La creación de la presencia. Simbolismo y *performance* en grupos juveniles", en Nateras, Alfredo (2002) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, UAM, Porrúa, México, pp. 19-41.

tica de que son relaciones asimétricas de poder, establecidas entre diferentes actores y sujetos sociales, por ejemplo, con las instituciones del Estado –la familia, la escuela–; o en relación a determinados tipos de agrupamientos/colectivos y ancladas en un tiempo social e histórico definido, lo cual les da cierta densidad y especificidad.

A su vez, cuando uno lleva a cabo algún tipo de investigación horizontal o intervención en la comunidad, en escenarios de violencias sociales y con tales agrupamientos infanto-juveniles, bien vale recordar y parafrasear a Kurt Lewin (1976) –uno de los psicólogos sociales más importantes,[121] aunque también de los más olvidados– cuando decía: "*No hay nada más práctico que una buena teoría*".[122] En este sentido, podríamos referir y sostener que toda investigación es una intervención de lo real complejo (Morin, 1998) incluyendo los registros de lo simbólico. Por lo tanto, también nos interesa señalar una serie de tensiones y de conflictos a considerar y a atender del lado del que investiga, e interviene, es decir, a partir de la subjetividad del psicólogo o de la psicóloga social, cuando trabaja en estas circunstancias: en los umbrales, en los bordes, en los límites de la "*paralegalidad*"[123] (Valenzuela, Nateras, Reguillo, 2007) –con sicarios, "*pandillas*", narcotraficantes, tratantes de blancas y secuestradores, por ejemplo– y, sobre todo, al intervenir en situaciones sociales concretas donde rondan permanentemente las violencias de muerte, "*feminicidios*" o "*juveni-*

121 Amalio Blanco (1988) sostiene que Lewin es uno de los maestros –en el más amplio sentido de la palabra– de la psicología social, ya que fue de los primeros que construyó teoría desde el terreno disciplinar así como definió dispositivos metodológicos de investigación como la Investigación-Acción-Participante, acuñó el concepto de Dinámica de Grupos.

122 Lo cual implica que no hay tal disociación entre la teoría y la práctica, es decir, cuando se interviene la realidad siempre se hace desde determinados dispositivos teórico-metodológicos-epistémicos, que se supone los tiene incorporados él o la que investiga.

123 La "*paralegalidad*" la concebimos como un registro colateral de la legalidad con sus propios códigos, normas y lógicas de "verdad", por ejemplo, el comercio informal, o la "*corrupción sistémica*", los paraísos fiscales.

cidios" (Valenzuela, 2012, 2015b, respectivamente); desapariciones forzadas;[124] cárceles –privados de la libertad–; migrantes/inmigrantes.

La situación de las violencias de muerte asociadas claramente al aniquilamiento por pertenecer a la condición juvenil (Nateras, 2016a) nos remite a expresar que quizás estemos atestiguando ya, un nuevo fenómeno social que podríamos nombrar provisoriamente como ¿"*juvenicidio*"? (Valenzuela, 2012, 2015b) el cual se define como la "muerte artera", simplemente por ser joven o jóvenes. También alude a la precariedad social y económica en la que se encuentran una gran parte de juventudes, tanto en México como en El Salvador, Honduras y Guatemala. En este sentido, la precariedad social tiene que ver con las dificultades de insertarse en los circuitos educativos, de salud o laborales. Por lo que estamos ante juventudes cada vez más des-institucionalizadas, es decir, están perdiendo sus vínculos con las instituciones de la sociedad, otrora importantes como la familia, por ejemplo.

LOS CONTEXTOS COMO TEXTOS

Referir a los contextos (económicos, sociales, culturales, políticos e históricos) no implica de ninguna manera volver a los discursos estructural-deterministas, sino entenderlos como claves hermenéuticas-interpretativas a fin de comprender de la mejor manera posible, tanto en México como en el TNC, las condiciones de vida y de existencia más importantes y significativas de las juventudes.

Hablando de los contextos, una de las situaciones que impactan y atraviesan a la condición de lo juvenil hoy –en México y en Centroamérica, específicamente del llamado Triángulo del Norte Centroamericano (TNC) que comprende a Guatemala, Honduras y El Salvador– es padecer un Estado *ausente* y a sus respectivos gobiernos *inútiles,* junto con el quiebre de sentidos de ciertas ins-

124. Con fecha del jueves 16 de noviembre de 2017, el presidente de México –de ese entonces– Enrique Peña Nieto, promulgó la *Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas.* Se calcula, datos oficiales actualizados, que en nuestro país hay más de 40 mil personas desaparecidas (ver los diarios nacionales).

tituciones (la familiar, la educativa –con todo y reforma– la laboral, la religiosa, la política, y sus políticos) que orillan a una parte de las juventudes a insertarse en el circuito de las violencias y a llevar a cabo prácticas al borde o al límite, en los registros de la "*paralegalidad*", como afiliarse al crimen organizado[125] porque no les queda de otra para subsistir y vivir el día a día.

Derivado de lo anterior y en términos amplificados, en el caso mexicano y también centroamericano, con sus diferencias, matices y particularidades socio culturales, podemos decir que la característica que define a dichas juventudes tiene que ver concretamente con la vulnerabilidad, la desigualdad, la exclusión y la precariedad,[126] es decir, con la pobreza, la marginación y los climas de violencias –de muerte– en los que transcurren, en una gran parte de los casos, sus vidas diarias y sus existencias cotidianas.

La Familia se está reconfigurando, lo cual implica que el modelo de padre, madre e hijos, va cambiando a uno donde la madre está siendo la jefa de familia, es decir, madres solteras que tienen que salir a trabajar, por lo que las y los hijos, quedan al resguardo de los abuelos o de los tíos y, por lo común, socializan con otras y otros parecidos a ellos y a ellas en el espacio público de la calle, el barrio, el vecindario o la comunidad.

La Escuela para una gran parte de las y de los jóvenes –sobre todo de lo que queda de la clase media de este país– ya no implica una seguridad para la movilidad social, ni una forma de mejorar sus condiciones materiales de vida, por lo que es en el nivel de la preparatoria donde más desertan, ya que no les crea sentido; por lo común se aburren y la educación no les dice nada. Esto es interesante, ya que la primera causa de deserción escolar se debe a que la escuela les parece obsoleta en función de lo que les enseñan y, la segunda razón, por motivos económicos. Con respecto a las juventudes de las zonas popula-

125 Al respecto, se recomienda ver la película *El Infierno,* de Luis Estrada (2010), México.

126 Contamos con una interesante literatura al respecto, ver, por ejemplo: Cordera y García (2012) (coords.), *Jóvenes: una generación que podríamos perder*; Saraví (2009) *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México* (2015); *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*; Jiménez y Boso (2012) (coords.), *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa.*

res, de escasos recursos y pobres, la configuración de sentido cambia, ya que para una gran parte de ellos y de ellas, estar en la escuela –supongamos a nivel universitario– les otorga un lugar social importante y les da prestigio social, ya que probablemente, a diferencia de sus papás o tíos, serán los primeros en ser universitarios y conseguir un Título de licenciatura.

El Trabajo está marcado por lo que llaman: "*trabajo flexible*", lo cual quiere decir que difícilmente se tiene seguridad social (plazas definitivas, servicios de salud, créditos de vivienda, aguinaldos, primas vacacionales). Son las y los jóvenes con respecto a los adultos, los que más trabajan y los que reciben menos salarios y muy pocas o nulas prestaciones. Esto implica que la propuesta del proyecto económico neoliberal implementado en México y América Latina, no es nada atractivo para construir un horizonte de vida en el aquí y en el ahora, por lo que algunos jóvenes –como ya lo afirmamos– prefieren enrolarse en los circuitos de la "*paralegalidad*" y del crimen organizado –narcotráfico, trata de blancas, robo de autos y de identidades, tráfico de migrantes y de órganos–.

Los *Partidos Políticos* –con todo y sus políticos– junto con los cuerpos de seguridad del Estado –los policía– son los más desacreditados ante las juventudes: por su corrupción, su cinismo, el abuso de autoridad y la represión que llevan a cabo. De tal suerte que una gran parte de las juventudes ya no cree en la vieja política –la de las ideologías duras– lo cual no implica que no les interesen los sucesos del país, en otras palabras, podemos decir que una gran parte son apartidistas –desligados de los partidos políticos– pero no apolíticos, ya que tienen posturas a favor de las minorías étnicas –por ejemplo, en torno al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)– o de los grupos con orientación sexual no heterosexual –lesbianas, *gays,* transexuales, travestis–; preocupados por el calentamiento global o indignados por los jóvenes rurales desaparecidos en Ayotzinapa, Guerrero, México, en septiembre de 2014.[127]

127 Consultar: Juárez y Aduna (2015) (coords.), *Alzando la voz por Ayotzinapa*. Ed. del Lirio y UAM-Iztapalapa. México; Valenzuela (2015b) (coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España.* Iteso, El Colegio de la Frontera Norte, México.

LAS JUVENTUDES COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS

Vamos a definir a la juventud,[128] o a las juventudes, como una categoría de análisis de lo social, situada en un tiempo y en un espacio histórico determinado. En este sentido, es una etapa de la vida –como cualquier otra– por la que se pasa y no por la que se está permanentemente (Valenzuela, 1997). Además, es un proceso social, una hechura cultural y no se reduce a un rango de edad, el cual regularmente es muy variable dependiendo de la institución u organización que lo defina, a partir del tipo y del interés de su política pública y de los programas que de él se deriven. En este sentido y, dadas las condiciones actuales y presentes de precariedad económica y laboral por la que una gran parte de las juventudes se encuentran, el rango de edad se ha ampliado de los 12/29 a los 12/33-35, años de edad.

Sostenemos que a partir de las juventudes –por sobre otros sectores sociales– se pueden entender de mejor manera una serie de situaciones de nuestros respectivos países como el desempleo, las violencias, las migraciones, los derechos humanos, las ciudadanías o la precariedad económica. Esto implica que pensar y entender a nuestros países: México, El Salvador, Honduras y Guatemala, pasa necesariamente por reflexionar a sus juventudes y pensar a nuestras juventudes, atraviesa de igual manera por reflexionar a nuestros respectivos países. Por ejemplo, en el caso mexicano somos un país pobre, por lo que el sector social que más padece esta situación son las y los jóvenes; en lo que atañe al TNC, es la región más violenta del mundo y quienes más la sufren son precisamente las y los jóvenes, en especial, los de los sectores populares y de escasos recursos económicos y de mínimo capital social (educación/cultura).

128 Los lectores interesados en un recorrido por la historia de las juventudes y de las teorías y los teóricos más relevantes de la juventud, consultar: Levi y Schmitt (1996) (coords.). *Historia de los jóvenes. De la antigüedad a la edad moderna*. I. *Historia de los jóvenes. La edad contemporánea* II. Taurus, España; Pérez y Urteaga (2004) (coords.), *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*. SEP. IMJ. AGN. México; Pérez, Valdez y Suárez (2008) (coords.), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. UNAM, Porrúa, México.

Cuando se habla de juventud –en el imaginario colectivo– queda la idea como si hubiese una sola forma y una determinada manera de ser joven, es decir, homogéneas. También pareciera que al hablar de jóvenes, se pensara que si todos fueran hombres, en otras palabras, no se ha hecho lo suficientemente visibles a las mujeres en su condición de jóvenes. Es por eso que es más adecuado y pertinente hablar de juventudes, porque eso implica reconocer que hay heterogeneidad y diversidad en la manera de ser, de vivir y de experimentar la juventud.

JÓVENES *VS* ADOLESCENCIA

La psicología social psicológica ha apuntado en su análisis y en su atención, a la *adolescencia* por sobre *las juventudes* –incluso hasta las confunde en su diferenciación teórica y, por lo común, las considera como sinónimos–. Dicha psicología se alimenta de una perspectiva biológica, natural, evolutiva y esencialista;[129] ya que universaliza la condición del ser adolescente y la sujeta a estadios, etapas o fases del desarrollo psicobiológico/psicosexual. Por lo tanto, la adolescencia es una edad biológica cuya unidad de análisis es el individuo y, la juventud, una edad social cuya unidad de análisis son los colectivos, la "*grupalidad*", los conglomerados y las *culturas o identidades juveniles*.

La *adolescencia*, apunta entonces, como edad biológica, a la capacidad de reproducción de la especie y a enfatizar los comportamientos individuales. Por lo tanto, se privilegian temáticas acerca de la menstruación, los sueños nocturnos, la imagen corporal. Asimismo todas aquellas conductas sociales de las y de los adolescentes son explicadas a nivel personal; por ejemplo, si se

129 Uno de los representantes más socorridos de esta postura es sin duda, el psicoanalista Erik H. Erikson, discípulo de Freud. Su tesis central estriba en considerar al ser humano –el adolescente/el joven– a partir de un desarrollo psicológico evolucionista *epigenético*, planteado en estadios, es decir, por una secuencia predeterminada. La clave está en su concepto de "crisis de identidad"; ya que es el resorte para llegar, enfrentar y superar una etapa, a fin de seguir, a la otra. El lector interesado puede consultar al menos, los siguientes textos: Erikson (1972) *Sociedad y adolescencia*, Siglo XXI. México; (1977) *Identidad, juventud y crisis.* Paidós, México.

usan drogas, legales o ilegales, quizás se dirá que es por fugarse de la realidad, o por tener problemas con las figuras parentales (papá/mamá), o si se es rebelde, entonces quizás se dirá que se sale de la norma social.

Las y los jóvenes –o mejor dicho, las juventudes– como edad social, alude a la reproducción y construcción de la sociedad, a través de sus diversas prácticas sociales, de sus manifestaciones culturales y de sus posturas políticas. De ahí que sus comportamientos se expliquen a través de sus agrupamientos o de sus colectividades o de sus identificaciones. Por ejemplo, dentro de las prácticas sociales podemos ubicar los consumos de alguna droga ilegal –supongamos la *marihuana*– y la explicación de tal consumo estaría relacionada con lo simbólico, es decir, con lo que representa y lo que significa ésta práctica a nivel de la colectividad o del grupo, quizás como una forma para ser reconocidos por los amigos o "los cuates", com un mecanismo de la adscripción identitaria juvenil correspondiente. Con respecto a las expresiones culturales, por ejemplo, el *grafiti*, una parte de las y de los jóvenes "*grafiteros*", dan cuenta de ciertas preocupaciones que se tienen de la vida como jóvenes o de lo que sucede en el barrio o en la comunidad y las piezas o los murales que se pintan, por lo común tienen que ver con el abuso de la policía, la corrupción de los políticos, o manifiestan el repudio por la violencia que padecen o contra el "*feminicidio*" y la inequidad de género.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DE LO JUVENIL

Ser joven o jóvenes implica que se van haciendo en la vida social, cultural y política. Hay varias características que van construyendo lo juvenil, siguiendo a la antropóloga Maritza Urteaga (2010, 2011). Tales características o dimensiones de análisis –las más significativas– están ligadas e interrelacionadas entre sí, a saber.

El *género,* implica que a partir de la diferencia sexual, hombre o mujer, se enseña social y culturalmente a serlo en nuestra sociedad mexicana y centroamericana. Los *patrones culturales* (Linton, 1978) a través de las normas, las reglas y los valores que se transmiten socialmente y que son sancionados a favor por la sociedad en abstracto y sus instituciones en concreto (la familia, la

escuela y la religión, por ejemplo). Esto deriva en determinadas características dominantes o hegemónicas que van a definir a lo femenino y a lo masculino, en relación a lo juvenil.

La *clase social,* también es importante en la medida que ubica y sitúa, en este caso, a las juventudes, en un lugar específico que marcará el tipo de relaciones sociales con los otros, las instituciones y: con una gran diversidad de grupos. Es claro que las juventudes de escasos recursos y de las zonas populares tienen más desventajas sociales con respecto a su ingreso a la educación, a la salud, a la recreación, al trabajo, no así en lo que atañe a las juventudes de clase alta, muy favorecidas en lo económico como en lo social y en lo cultural.

Las *etnias*, por lo común se han considerado muy poco en el abordaje de la configuración de lo juvenil. Remiten a los agrupamientos indígenas, de la "ruralidad", ligados a los pueblos ancestrales de nuestros países –México, El Salvador, Honduras y Guatemala–. Si la situación de las juventudes en general, está siendo muy difícil, la de indígenas y de la "ruralidad" aún más, aunado a la discriminación que sufren.

El *genotipo,* es otra característica que abona a la construcción de lo juvenil. Por lo común, en el caso mexicano y centroamericano, se define por la tonalidad de piel: los blancos, los mestizos y "la negritud". En México y en Honduras, particularmente, resalta "la negritud" –las y los jóvenes negros–, mientras en El Salvador, Guatemala y también en México, destaca la condición de lo indígena. Importante, ya que dependiendo del *genotipo*, serán las posibilidades socioculturales de ser marginado o estigmatizado, es decir, ser "mestizo" o "de la negritud", aumenta las probabilidades de la exclusión social.

En cuanto a la *región,* está claro que también cuenta en relación a los procesos sociales, culturales y geopolíticos; por ejemplo, es diferente ser joven en la ciudad que en el campo; o vivir en las zonas fronterizas, que en la capital del país o habitar en áreas exclusivas de altos recursos económicos y que cuentan con todos los servicios, que en las periferias de las grandes ciudades, marcadas por la pobreza y la precariedad.

DE CULTURAS E IDENTIDADES JUVENILES

Dentro de *las culturas juveniles* (Feixa, 1998) podríamos matizar y referir una hebra muy significativa: "*las identidades juveniles emergentes*", en tanto que son aquellas que, de repente aparecen o tienen cierta visibilidad, en los espacios públicos de la calle o del barrio o en la comunidad, así como en las coberturas que hacen los medios masivos de comunicación escritos –revistas, periódicos– como electrónicos –radio, televisión– o en los discursos de las instituciones, ya que en la mayoria de los casos, se habla de ellos y de ellas constante y permanentemente, desde lugares muy simples y de sentido común. Ejemplos, en el caso mexicano, por el 2008 la prensa y en algunos programas de televisión se mencionaban de una manera abrumadora al agrupamiento de "*los emos*" o para el 2012, el movimiento estudiantil: *#Yo Soy 132* era la gran noticia y posteriormente, en 2014 de "los *reageatoneros*" 2014 y ahora los "*anarquistas*".

En el caso del TNC, a partir de los años noventa "*emerge*" un nuevo sujeto y actor social en el espacio público de la esquina, la calle, el barrio y la comunidad: la *Mara Salvatrucha* (MS-13) y la "*pandilla*" del Barrio-18 (B-18). Para el 2008-2009 en Honduras cobra presencia el Movimiento Estudiantil, "las barras bravas de futbol" y los rocanroles. En el Salvador, los "*emos*", las "*maras*" y las "*pandillas*". En Guatemala, los "*cholos*" y, sobre todo, los jóvenes rocanroleros indígenas.

Es importante reconocer a través de la historia, el papel que estas juventudes han representado dentro de los conflictos sociales, en una gran diversidad de configuraciones: *los movimientos estudiantiles* en toda América Latina; las nuevas formas de agrupamiento juvenil –"*los indignados del mundo*", "*#Yo Soy 132*"–; hasta lo que se ha dado en llamar, las "*Tribus –los Neotribalismos Urbanos–*" o dicho de otra manera: las adscripciones *identitarias juveniles emergentes* en los espacios de las grandes ciudades, México y en el TNC. Cabe mencionar el tono, el matiz y la tesitura de género que han cobrado, especialmente en el año de 2018/2019, las escenas, del malestar social y la protesta callejera: de la *oleada verde*, de las jóvenes estudiantes argentinas –principalmente– en contra de la violencia de género y por el derecho a decidir sobre sus cuerpos –el aborto– así como las jóvenes estudiantes chilenas que cerraron las universi-

dades en Santiago, durante casi cuatro meses, en protesta contra el acoso y el abuso sexual en los centros educativos.

Una de las características que definen a la mayoría de estas *culturas* e *identidades juveniles* es la forma y la manera en la que visten, lo cual diferencía de otros agrupamientos juveniles; es lo que se conoce como la "facha", "la percha", o el estilo. Aunado a lo anterior, está la estética corporal, que en la mayoría de los casos tiene que ver con el corte de cabello y el color de la vestimenta; aretes o arracadas, particularmente los tatuajes y las perforaciones, los implantes o las incrustaciones, en cualquier parte del cuerpo. Así, estos estilos fachas juveniles son muy visibles cuando se circula la ciudad, o se anda por la calle, el barrio o la comunidad, ya que los identifica con relación a un determinado agrupamiento o identidad juvenil.

LA APROPIACIÓN REAL Y SIMBÓLICA DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Una de las permanentes demandas y reclamos de la mayoría de los agrupamientos juveniles es la falta de espacios culturales, deportivos y recreativos. En este sentido, presenciamos en las grandes ciudades la apropiación "*simbólica*" de ciertos lugares por determinadas formas de ser juventudes, o *culturas e identidades juveniles*. La idea central sería la siguiente: dime a qué agrupamiento juvenil perteneces y te diré qué espacios habitas o visitas. En el caso de la Ciudad de México, por ejemplo, la escena oscura –*emos*, *punks*, *darketos*– por lo común se le ve en la Glorieta del Metro Insurgentes, en el Monumento a la Revolución, el Tianguis Cultural del Chopo, o en el Centro Cultural Circo Volador. En los barrios pobres de El Salvador, Honduras y Guatemala, en las canchas deportivas, en las esquinas y en la calle se ven agrupamientos de integrantes de "*los roqueros*", de las "*maras*", de las "*pandillas*" y de las "*barras bravas*".

La *calle* ha sido el lugar y el territorio a partir del cual se ha socializado con el otro, parecido y similar a uno. La vivencia de y en la calle, facilita la configuración de determinadas formas de agrupamientos juveniles: lugar para jugar, convivir, consumir alcohol o incluso fumar "marihuana". Territorio privilegiado en la configuración de "identidades de lugar" o "identidades locales".

Los *parques* actualmente están cobrando importancia como puntos de reunión y de encuentro, a partir de la renovación urbana de colocar "gimnasios" al aire libre y de poner pistas de terracería para correr o infraestructura diversa para llevar a cabo otras actividades deportivas. Por lo común, dichos lugares son usados por una gran diversidad de juventudes.

El *inmobiliario urbano*, incluye las banquetas, las escaleras, las paredes, los pasamanos, las "barandillas" o barandales y los estacionamientos; son usados por distintos jóvenes para divertirse circular la ciudad, o hacer trayectos/desplazamientos por ejemplo los jóvenes patinetos "los *skater*" los ciclistas y, los saltadores, se les ven muy seguido haciendo sus piruetas y sus respectivas acrobacias.

Los *centros comerciales,* en México como en Centroamérica, quizá sean los espacios más comunes donde se encuentran y se reencuentran una gran diversidad de juventudes o de jóvenes, hombres como mujeres. Por lo regular no se va a comprar, sino a socializar con el otro o el otro parecido y similar a uno; ver aparadores, comprar un helado, o tomar un café o incluso ir al cine.

LOS DEMÁS ESPACIOS

Las Culturas o Identidades Juveniles, también se definen particularmente por el uso del tiempo libre/el tiempo del ocio, o del divertimento. Ese tiempo es social y cultural porque se comparte con los amigos, es decir, con los integrantes del agrupamiento al que se pertenezca. Estos lugares o sitios son muy diversos e interrelacionados entre sí. Por ejemplo; en Honduras y El Salvador, *jóvenes roqueros* que suelen ir a los antros y a los festivales de música, también se les encuentra en los estadios del Futbol. Integrantes de las "*maras*" y de las "*pandillas*", en Centroamérica, se les ve en los conciertos de música "Heavy Metal" o de "rap" y, al mismo tiempo, participan como integrantes de las "Barras Bravas". Quizás uno de los lugares más emblemáticos, para la mayoría de los agrupamientos juveniles, sean los "antros" o las discotecas –en Argentina les dicen *boliches*– ya que definen el sitio de la fiesta nocturna –el *carrete*, para los chilenos– del divertimento –el *reventón*, para los mexicanos– y de las nuevas "*eroticidades*".

Ligado con lo anterior, algo muy significativo que define contemporáneamente a las *Culturas e identidades juveniles*, es lo relacionado a los *consumos* culturales y al uso de las Nuevas Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TICS). Los consumos culturales que llevan a cabo las juventudes, están en función básicamente del lugar social que ocupen, es decir, de su clase y del "capital socio-cultural" con el que cuenten: conocimientos, saberes, habilidades, aptitudes y destrezas. En este sentido, no hay nadie que no consuma algo, un tipo de vestimenta, determinado estilo de música, cierta estética corporal, películas, series televisivas, libros, periódicos, eventos musicales, teatro y demás actividades relacionadas con la cultura, en el sentido más amplio de la palabra. Para las juventudes, no sólo es importante el bien material adquirido, es decir, haber comprado el último disco de su grupo favorito –por ejemplo, el reciente de Luis Miguel, el de Residente, o el de los Rolling Stones– sino que con esa adquisición entran al "universo simbólico", lo que interesa es lo que representa y lo que significa para su cultura e identidad juvenil haber adquirido el bien material o el disco correspondiente.

¿AGENCIA DE LAS JUVENTUDES?

A través de determinadas instituciones como los Institutos de Juventud en México y en Centroamérica y de los Derechos Humanos –en el caso mexicano– se han impulsado una serie de discursos y de narrativas en donde se coloca a los sujetos jóvenes como ciudadanos de derechos, responsabilidades individuales y colectivas, impulsando la construcción de ciudadanías juveniles (Evangelista, 2016). Esto implica enfatizar los valores de la democracia: la diversidad, el respeto, la convivencia, la justicia y la equidad. A su vez, es importante entender y considerar a las juventudes como sujetos de agencia –¿empoderados?– y actores de resistencias culturales, sociales, políticas y afectivas (Nateras, A. 2016a, 2016b).

Lo que define la construcción social de las ciudadanías juveniles, es la participación y la acción colectiva (Melucci, 1999) en el ámbito de lo social y de lo político o en la política. Esto implicaría que las juventudes como ciudadanos ante todo conocieran sus derechos para así demandarlos y reclamarlos. Desgra-

ciadamente, una gran parte de ellos y de ellas los desconocen, por ejemplo, en el caso mexicano son pocos los que saben que existe una Ley de las y de los Jóvenes del Distrito Federal –ahora Ciudad de México– desde hace más de 10 años.

Está claro que las formas de participación política y social de las juventudes, de finales del siglo XX y lo que va del siglo XXI, ya cambiaron radicalmente, debido entre otras cuestiones, al derrumbamiento de las ideologías duras –el socialismo, el comunismo–; a la crisis de los partidos políticos; al desprestigio creciente de una parte de la clase política; al escándalo de los empresarios por su avaricia, del capital "salvaje" y sus ganancias carentes de ética; al quiebre de las instituciones del Estado y de sus gobiernos como los de procuración de justicia (jueces, ministerios públicos y policías).

Esto ha llevado a que una parte importante de las juventudes estén conformando sus propios "agrupamientos", sus particulares asociaciones o se inserten y colaboren, tanto en organizaciones de la sociedad civil de larga trayectoria, como en diversas instituciones del Estado, con cierta credibilidad, como, los institutos de Derechos Humanos, o de la mujer, o de las juventudes. En el caso de Centroamérica, particularmente en El Salvador, hay colectivos de "*jóvenes pandilleros*", que están trabajando precisamente con pandillas para disminuir los niveles de violencia en sus barrios y en sus comunidades. En Honduras, en San Pedro Sula –la ciudad más violenta del mundo– está JHA JA, integrada en su mayoría por jóvenes que han vivido la calle, que a través de actividades culturales trabajan con una gran diversidad de juventudes en situaciones de vulnerabilidad. En México y Centroamérica, tenemos a Casa Alianza que se dedica a formar en el ámbito educativo y cultural a niños y jóvenes en situaciones de riesgo o de vulnerabilidad.

Este tipo de juventudes, los damnificados sociales de siempre; los de los barrios populares; los "olvidados" de Luis Buñuel,[130] los "condenados de la tierra" de Frantz Fanon (1983), están siendo "*criminalizados*" (CDHDF, 2012) por su clase social (etnia), el color de su piel (morena o "negroide"), por sus estéticas

130 Hay un análisis antropológico/psicológico de la gran película de Luis Buñuel, *Los Olvidados* (1950) de Carles Feixa, denominado: "Asesinos adolescentes, asesinados". Representaciones de la adolescencia en *Los Olvidados*", en Nateras, A. (2016) *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas.* Tomo I. *Violencias y aniquilamiento*, Ed. Gedisa, UAM Iztapalapa. México.

corporales, su pertenencia a determinada *cultura o identidad juvenil,* o por su participación política, ya que se les considera una amenaza para la seguridad pública de las ciudades, de la comunidad, de la colonia o del barrio. Por lo que en el imaginario social o colectivo dominante, lo que piensan, los gobiernos y sus instituciones, es que estas juventudes los hacen fracasar, o afean –por pobres– el "paisaje neoliberal", por lo tanto hay que invisibilizarlos, desterrarlos o simplemente desaparecerlos, "desecharlos".

Ante esta constante violación de los derechos humanos contra una gran parte de estas juventudes "*deterioradas*", "*desacreditas*" (Goffman, 1993) en desventaja social, vulnerables y en riesgo se requiere entrar a la discusión con respecto a un empleo digno, a una educación de calidad, a sistemas de salud respetables, a ámbitos de recreación y de cultura seguros. Asimismo, el derecho a elegir y a decidir la orientación sexual que se desee –lesbiana, gay, transexual, bisexual, intersexual–; a las identidades juveniles, "*cholillo*", "*reageatonero*", "*mara*", "*grafitero*"; estética corporal –tatuajes/perforaciones/color del cabello– a la decisión del embarazo para la mujer joven o del aborto –cuando las causales y circunstancias, así lo permitan–.

LOS EJES DE LAS VIOLENCIAS SOCIALES Y LAS JUVENTUDES

En el circuito de las violencias sociales podemos reconocer dos ejes de análisis, uno en función del sujeto de las violencias, es decir, de quien las ejerce y, el otro, el objeto de violencia, en otras palabras, quien la padece. Ambas se interrelacionan y se pueden dar alternada y simultáneamente.

Por lo común, y en los discursos hegemónicos de las instituciones, se ha atribuido a las juventudes –sólo por su condición de jóvenes– ser violentos por naturaleza, es decir, sujetos de violencia. Sin embargo, actualmente el eje de análisis ya se invirtió, es decir, las juventudes padecen más las violencias de las que ejercen: son más objetos que sujetos (Nateras, 2016a) en particular de muerte: *¿juvenicidio*? (Valenzuela, 2012, 2015b). Por ejemplo, en el caso del TNC se considera que cerca del 15% de las violencias las ejercen los agrupamientos de la *Mara Salvatrucha* –MS/13– y de la "*pandilla*" del Barrio-18 (B-18) (Valenzuela, Nateras, Regui-llo, 2007). Una de las preguntas sería: ¿y el 85% restante?

¿Quién o quiénes?: el crimen organizado, los cuerpos de seguridad del Estado y los escuadrones de limpieza social.

Hay que reconocer que en la mayoría de las *Culturas e identidades juveniles*, nos encontramos con actitudes o comportamientos "masculinizados", es decir, con posturas "sexistas", e incluso discriminatorias con respecto a otros jóvenes: por ser "*gays*", "*transgénero*" o mujeres. Una de las características de estas "masculinidades" es su vertiente "machista" que implica demostrar siempre y, ante cualquier circunstancia, valentía, arrojo, ser temerario y no manifestar miedo (Bourdieu, 2000): ser muy "machín", "muy hombrecito", "muy cabrón", "muy rifado".

Esto implica que estamos frente a activadores del ejercicio de las violencias, es decir, ante la presión social del grupo o de la "palomilla", se orilla a determinados integrantes a demostrar su valentía o su "hombría", a través de golpear a alguien o de humillar o de molestar, a las y a los otros, diferentes al agrupamiento juvenil correspondiente y, en casos al límite, hasta matar o asesinar, en la lógica de llevar a cabo la venganza, *las vendettas de sangre*.

Aun así, no hay duda alguna que ser pobre mestizo o "negroide"; vivir en zonas populares; pertenecer a una "*identidad deteriorada*" o "*desacreditada*" (Goffman, 1993); ser indígena; integrante de una minoría sexual; aumenta considerablemente las posibilidades sociales y culturales, de ser detenido por los cuerpos de seguridad del Estado y, por la otra, ser discriminado, excluido o marginado, incluso se es sospechoso de ser joven con tales atributos o características. En este sentido, en México como en el TNC, existen muchas probabilidades de morir de joven, por ser jóvenes, hombres como mujeres, aunque se recrudece más en la condición masculina (Nateras, 2015).

ASPECTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS DE INVESTIGACIÓN/ INTERVENCIÓN, EN TERRITORIOS DE LAS VIOLENCIAS SOCIALES

Preguntarse hoy, por las Ciencias Sociales, las Humanidades y las Culturales, como lugares de análisis y de comprensión, en este siglo XXI, especialmente violento, desbordante, confuso y convulsionado –independientemente de las narrativas y de los discursos disciplinares de enunciación o a los que se perte-

nezcan– conlleva necesariamente reflexionar el hacer y el qué hacer, tanto en lo que corresponde a los andamiajes –plataforma teórico, teoréticas, así como de los dispositivos y las estrategias metodológicas y técnicas utilizadas. Ya que tales andamiajes, plataformas, dispoistivos y estrategias fueron armadas y diseñadas en su amplitud, en el siglo pasado, es decir, parece ser que estamos atrapados en los preceptos de la modernidad –que aún habilitan la interpretación, la inmersión o la intervención en el todo social complejo (Morin, 198) aunque cada vez más con serias dificultades y varios predicamentos.

Para ir desmontando, poco a poco, tal atrapamiento, quizás valdría evocar y parafrasear al psicoanalista, psiquiatra y filósofo francés, Jacques Lacan (1901-1981) quien postulaba, por una parte, el "retorno a Freud", es decir, volver a leerlo, a la luz del avance de las Ciencias Sociales y Humanísticas, en su momento, desde el Estructuralismo de Claude Lévi-Strauss, o a partir de la Lingüística y de la Antropología Estructural y, por la otra; "poner a prueba" o "poner a trabajar", los presupuestos teóricos, las categorías y las dimensiones de análisis –junto con los autores correspondientes– frente a los nuevos contextos –sociales, culturales, económicos, políticos e históricos– a fin de ver la vigencia, la pertinencia, la potencia de explicación y de comprensión de esos referentes o corrientes teórico-metodológicas-epistémicas, a la luz de esas realidades sociales complejas. Todo esto como estrategia para alejarse de los "dogmatismos", de los conocimientos, de los saberes "cristalizados", estancados, fijos e inamovibles.

En gran medida, las realidades socioculturales que estamos viviendo y sintiendo, particularmente en Latinoaméricano, son muy complejas (Morín, 1998) y algunas demasiado dolorosas –socialmente hablando–[131] y conllevan ciertas emociones, afectividades y estados de ánimo tanto individuales como colectivos, ya sean de tristeza, de melancolía, de desesperanza, de indignación, de rabia, de enojo y de miedo, por ejemplo; ante los desplazamientos/la inmigración y la migración forzada, por el aniquilamiento de las "*pandillas*" tras-

131 Con respecto al interesante concepto del dolor social, consultar: Salvador Arciga y Octavio Nateras (2002). Los autores sostienen que la Teoría del Dolor Social está inserta dentro de la Psicología Colectiva. Dicha teoría, en términos amplios, alude al dolor de una época que a todos afecta, aunque diríamos, de manera diferenciada, y configura el tono y el matiz del ánimo colectivo.

nacionales, por la constante violación a los derechos humanos o la homofobia; o las desapariciones forzadas; la violencia de género el *feminicidio:* la pobreza extrema, la corrupción e impunidad galopante; por el horror y la brutalidad del crimen organizado por el descrédito de los partidos políticos con todo y sus políticos por los asesinatos –especialmente de periodistas, de líderes o de activistas sociales y de derechos humanos, las ejecuciones extrajudiciales o el "*juvenicidio*" (Valenzuela, 2012, 2015b).

En este sentido, a la luz de tales problemáticas tendríamos más preguntas e interrogantes, tensiones y conflictos, desde lo teórico-metodológico epistémico que posibles respuestas y casi ninguna certeza. Por lo que el anclaje o la centralidad que nos interesa enfatizar, será desde el lugar del que o de la que investiga, del que interviene, la que interviene, en los registros de lo real como en lo simbólico, en lo correspondiente a las violencias sociales –en particular, las de muerte– en el entendido de que la academia de la indagación es, en sí misma, una intervención de lo real complejo (Morin, 1998).

Ese anclaje o centralidad, a partir del sujeto que investiga e interviene, se articulará y entretejerá, en función de las siguientes preguntas que le darán los tonos, los ritmos y las tesituras, a la siguiente exposición:

> ¿Cómo resolvemos la tensión entre los temas abordados desde una perspectiva unidisciplinar –por ejemplo, la psicología social– cuando tenemos objetos de estudio como las violencias, evidentementetransdisciplinares?
>
> ¿Cómo objetivar la parte subjetiva del que investiga y cuál sería su manejo teórico-metodológico?
>
> ¿Para qué investigamos lo que investigamos e intervenimos lo que intervenimos?
>
> ¿Cuál sería la utilidad social de lo que investigamos y, por consiguiente, de lo que intervenimos? ¿Qué hacemos con eso de lo que investigamos y de lo que intervenimos?

> ¿Cuáles serían los aspectos a considerar con respecto a la ética cuando nuestros sujetos o colaboradores están en los umbrales o en los límites de la "*paralegalidad*" y además, cargando con una "*identidad deteriorada*" *o "desacreditada*"? (Goffman, 1993).

ACERCA DEL TERRITORIO DE INVESTIGACIÓN/ INTERVENCIÓN Y EL POSICIONAMIENTO

Lakoff y Johnson (1980) sostienen que a través de las metáforas que empleamos en la vida cotidiana podemos pensar y sentir la realidad social, en este tenor, hemos construido una a fin de reflexionar las violencias de muerte denominada como *"El mercado y el festival de las violencias"*, con la idea de dar cuenta –decir una cosa para dar a entender otra– de algunas de sus características, por ejemplo; el "estallamiento", el "desborde", lo "grotesco", lo "burdo", lo "absurdo", el "horror", o lo "siniestro",[132] así como de los distintos protagonistas o actores sociales que la están ejerciendo y llevando a cabo, nombrados por Tilly (2003) como "*los profesionales de las violencias*", que podemos reconocerlos y ubicarlos con claridad, delincuentes, sicarios, narcotraficantes, policías, militares, paramilitares, mercenarios, escuadrones de la muerte, agrupamientos de limpieza social y fuerzas especiales o de élite.

El asunto o el tema de las violencias, se le puede abordar: 1.1) desde una perspectiva psicosocial enfatizando su configuración en coordenadas de las relaciones sociales y en las asimetrías de poder, por sobre los "instintos" o pulsiones de muerte, sin embargo, lo complejo es que estamos ante un objeto de estudio transdisciplinar, abordado también –y, principalmente– por la antropología, la sociología y la criminología, ¿cómo resolver tal tensión? Considero que se requiere dialogar con tales disciplinas con el afán de establecer articulaciones teórico-metodológicas.

132 Para Freud (1978), lo siniestro tiene que ver, en términos generales, con una estética de lo angustiante, de lo espantable, de lo espeluznante e, incluso, con lo demoniaco.

En este sentido, el investigador o investigadora que se enfrenta al escenario de *"El mercado y el festival de las violencias"*, como, quienes están trabajando en la reconstrucción de historias de vida de jóvenes *sicarios*[133] o desde los estudios de caso de los *dealers* –vendedores de drogas en cantidades pequeñas– o aquellos o aquellas que abordan el asunto del "*feminicidio*" (Valenzuela, 2012), tendrían que preguntarse, por lo menos, lo siguiente: ¿Cuál es el lugar de su enunciación, a nivel teórico-metodológico-epistémico? ¿Cuál sería su posicionamiento –¿político?– como sujetos que investigan a los sujetos de la indagación? (Haraway, 1991).

Esto conlleva reconocer que como académicos, investigadores o etnógrafos, tenemos ciertas adscripciones, "abrochamientos", o afiliaciones teórico-metodológicas, con respecto a determinados enfoques y corrientes de pensamiento, así como a ciertos autores(as), intelectuales o libres pensadores, que influirán y marcarán, sin duda alguna, la forma y la manera en que definamos nuestra temática y la particular construcción de nuestros sujetos y de nuestro objeto de estudio; en otras palabras, implica contar con una concepción epistemológica-epistémica de la realidad sociocultural con la que estemos trabajando. Por lo que, derivado de lo anterior, no existe una posición neutra, aséptica, objetiva y pulcra del investigador(a) que investiga; ya que ese lugar de la enunciación o del posicionamiento deriva inevitablemente en un elemento o cualidad, a nivel de lo político.

Además, implica tener que situarse, en primera instancia, en el entramado de la relación social –la *intersubjetividad*– que se vaya estableciendo y construyendo, entre el sujeto que investiga con respecto a los sujetos y al objeto de la indagación. Esto es de sumo importante, ya que conlleva la idea del establecimiento de un vínculo respetuoso de sujeto a sujeto, lo que marcará en gran medida el ritmo afectivo de la aproximación, tanto al contexto –económico, político, cultural, social, histórico– como a los sujetos situados en esos contextos. Tales contextos, como ya lo hemos planteado, hay que entenderlos, no como principios estructural-deterministas –sean psicológicos o sociales o

133 Al respecto, hay una amplia literatura en América Latina de académicos y periodistas. Se pueden consultar algunos de los siguientes trabajos: Salazar (2002) *No nacimos pa'semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín;* Vallejo (1994) *La Virgen de los sicarios;* Álvarez (2013) *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia* y Chacón (2016) *Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis.*

culturales– sino como claves hermenéuticas-interpretativas que facilitarán la comprensión de las realidades socioculturales complejas, de las que se trate y de las que haya lugar.

ACERCA DE LA IMPLICANCIA: LAS SUBJETIVIDADES

Este aspecto de situarse en ese entramado de la *intersubjetividad*, orillará al investigador(a), en algún momento, a tener que reflexionar/reflexionándose, lo siguiente: ¿Por qué investigo lo que investigo y no otra cuestión? ¿Por qué intervengo lo que intervengo y no otro asunto? ¿Qué tiene que ver lo que hago con respecto a mi género, a mi clase social, a mi nacionalidad y al lugar geográfico, o a la etnicidad a la que pertenezco? ¿Qué hay con mi *"yo individual", lo personal* y con mi *"yo social"*, lo colectivo?

Esto invariablemente nos lleva a apuntar, de nueva cuenta y más definido, 2.1) a la parte subjetiva del investigador o de la investigadora o del que interviene determinada realidad, en el proceso de la reconstrucción de la subjetividad social de las y de los otros –o como refería Clifford Geertz (1994), desde la doble hermenéutica: reconstruir o interpretar la interpretación que da el otro a su mundo social, a su mundo fenoménico (Schütz, 1993)– y, sobre todo ¿cómo manejar la subjetividad? tanto desde las coordenadas de su reflexión –la reflexividad– como de su uso teórico-metodológico en la prosa o en la narrativa que se esté construyendo, o del texto que se ande escribiendo, o de la tesis que se esté por concluir.

George Devereaux (1994), entre otras cuestiones, afirmaba que el dato o la parte más importante de la investigación, es precisamente el investigador. Por su parte, desde los planteamientos de la Teoría Antropológica de la Reflexividad, Pierre Bourdieu y Loïc J.D. Wacqüant (1995) se preguntaban: ¿cómo objetivar la parte subjetiva del sociólogo, del etnógrafo o del investigador? El gran epistemólogo, Gastón Bachelard (1982), refería acerca de la vigilancia epistemológica que debería guardar siempre todo hombre de ciencia en sus ideas acerca de *la formación del espíritu científico*. Tomás Ibáñez (1994), desde la psicología social, proponía la metáfora de "*Penélope*" como la patrona de la disciplina en el entendido de que el psicólogo social, tendría que tejer determinado tipo de conocimiento y de saber, para luego destejerlo, construir

y de-construir, interminablemente; es decir, considera a la psicología social como un dispositivo de-construccionista.

En este sentido, no dudaría en señalar que hasta ahora, todo lo aquí planteado cobra una gran relevancia y trascendencia a partir del gran auge y de la amplia presencia de las estrategias teórico-metodológicas-epistémicas de la investigación cualitativa, interpretativa o comprensiva (Nateras y De Alba, 2010) que una gran parte de las disciplinas sociales, humanistas y culturales, están empleando, dado el agotamiento y el retroceso de la metodología cuantitativa de corte experimental y de pensamiento positivista. Éstos en virtud de que la tendencia claramente apunta a reconstruir las subjetividades sociales de "las o de los otros", de los sentidos, de los significados, de su significación y de sus representaciones sociales (Moscovici, 1979, Jodelet, 1986) –pensamiento construido en común o colectivo– que las personas edifican y otorgan a su mundo social o a su mundo fenoménico (Schütz, 1993).

LO QUE HACEMOS

En términos de los planteamientos vertidos de manera general con respecto a la idea del quehacer u oficio de sociólogo (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1987) y por extensión y amplitud del psicólogo social, del antropólogo, del historiador, del politólogo, o simplemente del científico social (Bourdieu, 2003), aunado a una visión instrumental-práctica, o de procedimiento teórico-metodológico-técnico, se sugiere a las, o los investigadores: "vaya a donde está el actor", "vaya a donde está la gente", "reconstruya su punto de vista", "reconstruya los sentidos y los significados que le otorga a su realidad", "a su vida cotidiana" (Taylor y Bogdan, 1992). Para esto, se apoya en un arsenal de técnicas, de instrumentos y de herramientas para la construcción del dato o la edificación de la evidencia empírica, a saber: etnografía unisituada o multisituada (Marcus, 2001), observación directa o indirecta, diarios de campo, entrevistas a profundidad, historias de vida, estudios de caso, análisis de datos personales, grupos focales, grupos de reflexión o de discusión, dibujos, mapas mentales, frases incompletas, sueños, *performance,* fotografía, video o films.

Es claro que a través del andamiaje teórico-metodológico-instrumental que se haya edificado –desde la academia, la investigación y la intervención: 3.1) lo que hacemos, en primera instancia, es construir determinado tipo de saberes y de conocimientos que posiblemente nos ayudarán a entender y a comprender ampliamente a los sujetos, a los actores sociales, a nuestros colaboradores –como las juventudes– en el complejo entramado sociocultural que nos haya interesado indagar –por ejemplo, las violencias de muerte– y así incidir de una manera concreta en esa realidad social—cual sea esta–.

Lo ideal de una aporte de las academias o la aspiración, de una parte de las academias, es que en algún momento, esos conocimientos y esos saberes edificados, impacten en la hechura de las políticas públicas, aunque hay que decirlo y reconocer, que eso depende, no de la cualidad o de la calidad de la investigación o de la intervención correspondiente, sino de la voluntad política de los funcionarios en turno que, en su mayoría, son unos analfabetas funcionales con cargos y poder de decisión, cuya moral privada pretenden transformada en política y programas públicos, situación totalmente inaceptable.

LOS USOS SOCIALES DEL QUEHACER PSICOSOCIAL

Por consiguiente, podríamos afirmar: 4.1) lo que hacemos con eso de lo que hemos investigado y la utilidad social que tendría la indagación o la intervención que hemos llevado a cabo, estaría encaminada a construir una heterogeneidad y diversidad de narrativas, de discursos y de argumentos teóricos –en colaboración con nuestros sujetos y actores sociales– lo suficientemente sólidos y robustos y con solvencia etnográfica y empírica, que entren en el inter juego y disputas de la creación de sentidos y de significados, con respecto, a las narrativas y a los discursos hegemónicos y dominantes del decir y del nombrar, cuando se dice o se nombra, por ejemplo, acerca de las violencias o del "*feminicidio*", del uso social de drogas o del aborto; de los tatuajes o de alguna adscripción identitaria juvenil "*deteriorada*" o "*desacreditada*" (Goffman, 1993), por lo común, tales discursos dominantes están plagados de prejuicios, estigmas y estereotipos.

En lo que atañe propiamente a la investigación-intervención, de esas realidades socioculturales complejas, duras y dolorosas, por ejemplo, cuando se está trabajando en los albergues, o en la casa de migrantes o con los familiares de las desapariciones forzadas o en los espacios del encierro con los "privados de libertad" o con las "*pandillas*" trasnacionales –*cholos*, *maras* y *barrio 18*– o con las orientaciones sexuales –LBGTI– el investigador o la investigadora, lo que hace, entre otras consideraciones, es un quehacer político al acompañar los procesos que ahí se están dando y quizá facilitar la gestión o la agencia de esos actores y de esos sujetos sociales, para que sean ellos y ellas quienes resuelvan sus conflictos y sus problemáticas socioculturales y afectivas, si así fuese el caso, estaríamos abiertamente ante una academia militante, activista.

ACERCA DE LA ÉTICA

En estas circunstancias, un aspecto un tanto olvidado en las coordenadas y en el eje de la investigación-intervención de lo real complejo, es el asunto: 5.1) de la ética que debe guardar el investigador, la investigadora o de quien interviene en varios niveles o planos de análisis y de consideración: a) la sinceridad, la franqueza, b) la confianza, c) la sensibilidad social o teórica, d) el respeto y, e) el cuidado –mutuo– de nuestros colaboradores), en el entramado de la relación intersubjetiva dialógica que se construye con respecto a los sujetos y actores sociales, al objeto de estudio y a la comunidad.

A mi entender, el núcleo o la matriz más importante de significación, en relación a la ética, es a) *la sinceridad y la franqueza*, así como el tipo o cualidad del vínculo o de relación social y afectiva que se vaya estableciendo con el "otro"o los "otros". Esto implica de inicio, no mentir con respecto a la identidad profesional que se tenga como investigador(a), ni tampoco en lo que atañe a los objetivos y a la finalidad de la indagación o de la intervención como tal.

Recordar que hay otros actores sociales en el campo temático que también están investigando o interviniendo, lo cual quiere decir que nos jugamos constantemente, a partir de "*la creación de nuestra propia presencia*" (Díaz, 2002) ante, por ejemplo, los ministros de culto, la pastoral urbana; empleados del gobierno, de varias instituciones; miembros de las organizaciones civiles, cua-

les sean estas –nacionales o internacionales–; otros académicos; periodistas y reporteros –que por cierto son los más desprestigiados por descontextualizar, ser "amarillistas" y no cumplir acuerdos–; los cuerpos de seguridad del Estado que tratan de infiltrar a determinados agrupamientos o adscripciones identitarias infanto-juveniles, como pueden ser la *Mara Salvatrucha* (MS-13) o la "*pandilla*" del Barrio 18 (B-18).

No olvidar también, la práctica muy común y todavía quedan resabios desde los dispositivos cuantitativos y experimentales de laboratorio del positivismo lógico, donde los investigadores eran, o son "encubiertos", es decir, no se decía la verdad de la estrategia de investigación utilizada y se mentía bajo la fantasía, o el imaginario de alcanzar la pretendida neutralidad y objetividad a ultranza, costara lo que costara, hasta la ética.

Ligado con lo anterior, está b) *la confianza*, que no se da por hecha o dada, sino que se va haciendo en el camino de la trama de la investigación, de la intervención sociocultural, en otras palabras, en la relación social o intersubjetiva. Se sustenta en el compromiso de la "palabra dada", es decir, de respetar y de llevar a cabo los acuerdos contraídos entre las partes, por ejemplo, devolver algo a los sujetos o actores de la investigación o de la comunidad –si así fuese el caso–; entregar el material fotográfico o el impreso de las entrevistas a profundidad que se hayan realizado o el reporte de investigación o el artículo o libro que de ahí emane; no escribir o publicar lo que los actores o sujetos hayan solicitado o pedido no difundir, a cambio de otorgar la entrevista o dar la información correspondiente. Esto es clave y sustancial, ya que el investigador o la investigadora, debe reconocer que hay fronteras inquebrantables e infranqueables a riesgo de su propia seguridad física y emocional, que lo tendrían que alejar o descentrar de los protagonismos, o más aún, de la omnipotencia que por lo común están siempre presentes en el imaginario de una parte de las y de los investigadores que intervienen determinadas realidades socioculturales complejas (Morin, 1998).

Otro aspecto a considerar, no menor, es c) *la sensibilidad social o la sensibilidad teórica* del investigador(a) (Glaser, citado en García y Manzano, 2010),[134]

134 A partir de los principios de la Teoría Fundamentada, la idea central estriba en que el investigador(a), requiere tener determinadas habilidades para llevar a cabo

o de quien interviene, en relación a los contextos –económicos, políticos, sociales y culturales y de los actores y de los sujetos situados o anclados, a esos contextos. Esto no implica la consabida enunciación recurrente, como lugar común y vacía de sentido, de "ser empáticos" o "ponerse en el lugar del otro", ya que es un deseo inviable, en el entendido de que aunque se comparta una situación similar, por ejemplo, la pobreza o la pérdida de un ser querido, la vivencia de esa experiencia, es individual o personal, por lo que no sería idéntica a la de los otros u las otras personas y actores. Un aspecto es conmoverse o no ser indiferente ni ajeno al sufrimiento de los demás como investigador o investigadora; por ejemplo, ante el dolor insoportable de una madre o de un padre dada la desaparición forzosa de su joven hija y lo otro, es imaginar que desde la *empatía*, uno va a sentir lo mismo que el otro o que los demás.

Lugar importante es d) *el respeto* que uno brinde, tanto al contexto en el que se esté como a los sujetos y a los actores sociales de los que se trate, en esa situación específica: ya sea de pobreza extrema –las *favelas* en Brasil, por ejemplo– o caminando los *barrios* más álgidos o rudos, en Honduras o en El Salvador; o contactando con los personajes más emblemáticos o protagónicos en el ejercicio de las violencias de muerte –en Ciudad Juárez, Chihuahua, México–. Tal respeto se juega a partir de no pretender "imitar" o tratar de "copiar" el uso que hacen del lenguaje y de las maneras particulares de expresión de la localidad, de los sujetos o de los colaboradores con los que se está interactuando, es decir, no intentar hablar igual que ellos, incluyendo el tono, los matices del habla y las inflexiones de voz. Aunado a lo anterior, está lo relacionado con la estética corporal y la vestimenta, que simplificando la realidad social, una parte de los discursos y de las narrativas emanadas principalmente de las estrategias de intervención, la Investigación-Acción-Participante, o desde el Trabajo Social, se sugiere "vestirse" como el actor a investigar, llevar atuendos similares a la comunidad con la que se está interviniendo, en el imaginario académico de ser aceptados o de ser iguales a ellos o a ellas, aspectos totalmente descolocados y falaces ya que por lo común, los sujetos, el *barrio*, la comunidad, los consideran, lo viven y lo sienten, como un agravio.

---

una investigación cualitativa, entre ellas: análisis crítico de las situaciones y pensamiento abstracto.

De igual manera lo relacionado con e) *proteger a nuestros informantes, co*laboradores o sujetos de la investigación o de la intervención lo cual tiene que ser mutuo– cobra gran trascendencia, sobre todo cuando estamos trabajando en escenarios y con sujetos al límite, al borde y en los umbrales de la "*paralegalidad*" (Valenzuela, Nateras, Reguillo, 2007) o también con todas aquellas "*identidades deterioradas*" o "*identidades desacreditadas*" (Goffman, 1993). Proponemos entonces hablar de un dispositivo y de una estrategia que bien podríamos denominar como una antropología, una sociología o *una psicología social del anonimato*, incluyendo lo relacionado a la construcción de la evidencia empírica de los datos, ya sean orales, escritos o iconográficos, imagen fija, fotografías, e imagen móvil, video y films.

De inicio, habría que dialogar y negociar con los actores y los sujetos sociales correspondientes, a fin de llegar a acuerdos –en el tiempo y en el momento del tratamiento de la información– en el sentido de quedar claros: qué sería lo que sí se escribe y lo que se podría publicar y lo que no, incluyendo el asunto de las iconografías. Por lo común, no se revelan los nombres y apellidos verdaderos. Ni datos de lugares o sitios que ubiquen la residencia o el hábitat de las personas. Tampoco fechas o días precisos. En cuanto a las imágenes, principalmente se obvian los rostros, las caras de los sujetos, así como los espacios públicos fáciles de reconocer.

En contextos y en situaciones donde nuestros informantes-colaboradores, o sujetos de la investigación y de la intervención, estén siendo perseguidos o exterminados o tratando de ser infiltrados por los cuerpos de seguridad del Estado, por ejemplo, los integrantes de la *Mara Salvatrucha* (MS-13), la "*pandilla*" del Barrio 18 (B-18), la *Mara Mao*, la *Mara Máquina* –en El Salvador, Honduras y Guatemala– (Nateras, 2010, 2015); o a jóvenes de la guerrilla –como en Colombia (Muñoz, 2015)– el manejo y la protección de la información oral e iconográfica que se vaya levantando es de vital importancia tanto para nuestros informantes-colaboradores-sujetos, como para el propio investigador o investigadora.

Actualmente utilizamos tecnologías digitales, ya sean grabadoras, cámaras fotográficas, de video o films, celulares, tabletas o cualquier otro dispositivo, donde almacenandos nuestra información con respecto al trabajo de campo y a la investigación o intervención correspondiente. Por lo común, traemos las

grabaciones de todas las entrevistas a profundidad, las sesiones de los grupos focales o las historias de vida, el cúmulo de fotografías –si fuera el caso– y nos vamos desplazando de *barrio* en *barrio* o de comunidad en comunidad, de una región a otra, incluso pasamos fronteras –vía terrestre– de un país a otro, a lo largo de nuestro quehacer de la investigación.

Por lo anterior y, máxime si estamos trabajando con lo que hemos denominado sujetos y actores en los "límites", en los "bordes" y en los "umbrales" de la "*paralegalidad*" (Valenzuela, Nateras, Reguillo, 2017) –sicarios, secuestradores, narcotraficantes– o de ciertas "*Identidades deterioradas*" o "*Identidades desacreditadas*" (Goffman, 1993) –*Cholos, Latin Kings, Pandillas Trasnacionales*– ponemos en serio peligro y altísimo riesgo a todos nuestros informantes o colaboradores, si nuestros dispositivos son revisados por los cuerpos de seguridad del Estado o por todos aquellos sujetos denominados como "*los profesionales de las violencias*" (Tilly, 2003).

En este sentido, es de vital importancia ir descargando toda esa información conforme se vaya levantando –día tras día– en otro dispositivo, es decir, transmitirla a otros artefactos vía Internet, de tal manera que si intervienen o desaparecen nuestros equipos, difícilmente encontrarán algo que sea utilizado en contra de nuestros informantes o colaboradores. Incluso, en situaciones extremas, una vez terminadas las entrevistas correspondientes, el estudio de caso o el levantamiento fotográfico, en los barrios "densos" y "peligrosos" –como en las villas de miseria en Argentina– se podrían quitar los *chips* de los equipos, grabadora y cámaras fotográficas, por ejemplo.

Por otra parte, debe estar claro que el investigador o investigadora, en algunos contextos, circunstancias y en relación a determinados sujetos y a ciertos actores sociales con los que se esté trabajando, no se está exento(a) de correr determinados riesgos. Por lo que es necesario establecer una serie de *protocolos de seguridad compartidos y mutuos*, para los que investigan e intervienen en esas situaciones sociales complejas. Desde cuestiones elementales como avisar siempre a alguien de la actividad que se va a llevar a cabo; o lo que se va a hacer, por ejemplo, al caminar el *barrio* o al establecer un vínculo o contacto con determinado informante o colaborador, de preferencia ir acompañado, evitar salir tarde del lugar o de la comunidad de la que se trate, traer un celular –con crédito y la pila cargada–, llevar una identificación institucio-

nal o personal, no ser ostentoso en la forma de vestir, portar con discreción el equipo a utilizar y llevar algo de dinero para cualquier eventualidad.

Aunado a lo anterior y apuntando a atender de manera seria la parte de reflexión teórica-metodológica-epistémica, la reflexividad (Bourdieu y Wacqüant, 1995) y la subjetiva del que interviene o de quienes estén realizando la investigación, así como de ir ventilando las emociones y las afectividades, que el propio trabajo de campo pueda despertar se requiere diseñar y utilizar un *dispositivo teórico-metodológico de contención*, que bien podría tomar la cualidad de ser grupos de discusión o de reflexión.[135] Este dispositivo, coordinado por un académico, asesor o director de la investigación intervención tendría la finalidad de ir acompañando ese proceso en el momento mismo en el que se está investigando-interviniendo determinada realidad sociocultural compleja y, a su vez, sirve también para plantear las dificultades que hubiese, las dudas, los posibles problemas y conflictos, así como los estados de ánimo del equipo de trabajo.

A MANERA DE CIERRE

Es importante volver a preguntarse siempre por la cualidad de los dispositivos teóricos-metodológicos-epistémicos-técnicos, y de los sujetos –colaboradores– y de los objetos de estudio que estamos construyendo/diseñando desde las ciencias sociales, las humanas y las culturales –particularmente de la psicología social– a la luz de un espíritu horizontal y transdisciplinar de investigación e intervención que ponga en juego y a prueba los preceptos en función de los nuevos y difíciles contextos –sociales, políticos, económi-

135 Hay que reconocer que en términos generales, en las ciencias sociales, humanidades y culturales, carecemos de este tipo de dispositivos, no así en las ciencias médicas y de la salud mental, donde los médicos se reúnen para discutir los casos clínicos de sus pacientes, a fin de tomar decisiones colectivas en cuanto al proceder o en los ámbitos de la psiquiatría y de la terapia psicológica, el mecanismo que emplean es el de la *supervisión*, es decir, cada terapeuta ante un supervisor control, expone sus casos, a fin de que le ayuden y pueda ver cosas teórico-metodológicas-afectivas ante su paciente, que de otra manera, no podría conocer o saber.

cos, culturales e históricos– que estamos viviendo y enfrentando en nuestras sociedades contemporáneas –centro y subamericanas–. De igual manera, es central reflexionar acerca del lugar político de enunciación y del posicionamiento afectivo de quien investiga e interviene determinada realidad social compleja (Morin, 1998); ya que es evidente que el investigador o investigadora está implicado(a) y se juega a partir de su subjetividad, lo tenga presente o no sería otra cuestión.

En este sentido, uno de los actores y de los sujetos sociales claves para comprender de mejor manera a nuestros países, son las juventudes; ya que son las y los que visibilizan claramente las contradicciones del proyecto civilizatorio y, la crisis del proyecto neoliberal aplicado en México y en América Latina, donde las juventudes se ubican primordialmente en situaciones de precariedad, de exclusión social y en coordenadas de las violencias sociales.

A su vez y, a partir de la metáfora que hemos construido: "*El mercado y el festival de las violencias*", de referir acerca de las "*identidades deterioradas o desacreditadas*" (Goffman, 1993), de situar a determinados sujetos/actores sociales en los umbrales, en los límites y bordes, de la "*paralegalidad*" (Valenzuela, Nateras, Reguillo, 2007) es importante *repolitizar la parte política* de tales contextos, a partir de los cuales se configuran las situaciones, los actores y los sujetos, en el entramado de las violencias sociales –en particular, las de muerte– que no dejan de ser relaciones asimétricas de poder. Preguntarse por cómo se construye la desigualdad social; las inequidades de género la miseria, la pobreza, la marginación y los sujetos juveniles *olvidados* de siempre, es clave y fundamental para todos aquellos o aquellas que investigan e intervienen las realidades socioculturales complejas, en particular a partir de la psicología social.

De ahí que es central para el investigador o investigadora tener claridad acerca de sí mismo, es decir, de reflexionarse constantemente con respecto a la finalidad y a la utilidad social de aquello de lo que investiga y de aquello de lo que interviene en los planos de lo socio-cultural. Esto conlleva una serie de estrategias metodológicas, siendo una de las más importantes, el ejercicio de la ética, ya que implica partir de la franqueza y de la sinceridad, crear confianza, tener sensibilidad social, cultivar el respeto –por el otro y la situación– y diseñar protocolos para el cuidado mutuo.

REFERENCIAS

Álvarez, J. M. (2013). *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia.*México: Ed. Rey Naranjo.

Arciga, S. y Nateras, O. (2002). El dolor social, en *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, vol. 1, núm. 1, julio-diciembre, México.

Blanco, A. (1988). *Cinco tradiciones en la psicología social*. Madrid: Morata.

Bachelard, G. (1982). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad.* Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina.* Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. y Wacqüant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva.* México: Grijalbo.

Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., Passeron, J. C. (1987). *El oficio de sociólogo.* México: Siglo XXI.

Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (2012). Jóvenes, criminalización y sistema de justicia en el Distrito Federal, en *Informe especial sobre los derechos humanos de las y los jóvenes en el Distrito Federal*. Centro de Investigación Aplicada en Derechos Humanos, México.

Cordera, R. y García, R. (2012). *Jóvenes: una generación que podríamos perder*. México: Unión de Universidades de América Latina y el Caribe.

Chacón, A. (2016). "Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis, en: Nateras, Alfredo (2016a) (Coord.), *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas.* Tomo I. *Violencias y aniquilamiento,* pp. 171-198. México: Gedisa, UAM Iztapalapa.

Devereux, G. (1994). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento.* México: Siglo XXI.

Díaz, R. (2002). La creación de la presencia. Simbolismo y *performance* en grupos juveniles, en: Nateras, Alfredo (2002) (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas,* México: Porrúa, UAM Iztapalapa.

Erikson, E. (1977). *Identidad, juventud y crisis.* Buenos Aires: Paidós.

Erikson, E. (1972). *Sociedad y adolescencia*. México: Siglo XXI.

Evangelista, E. (2016). Políticas de juventudes: Conceptos, contextos y alternativas desde el enfoque de derechos, en: Nateras Alfredo (2016b) (coord.), *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas*, tomo II. *Problematizaciones* (*embarazo/trabajo/drogas/políticas*), México: Gedisa, UAM Iztapalapa.

Feixa, C. (2016). Asesinos adolescentes, asesinados: Representaciones de la adolescencia en *Los Olvidados*, de Luis Buñuel, en: Nateras, Alfredo (2016a) (coord.), *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas*, tomo I. *Violencias y aniquilamiento,* México: Gedisa, UAM Iztapalapa.

Feixa, C. (1998). *El reloj de Arena. Culturas juveniles en México.* México: SEP/Causa Joven/CIEJ.

Frantz, Fanon. (1983). *Los condenados de la tierra.* México: FCE.

Freud, S. (1978). *Lo siniestro.* México: Letracierta.

García, E. y Manzano, J. (2010). Procedimientos metodológicos básicos y habilidades del investigador en el contexto de la teoría fundamentada, en: Nateras, Alfredo y De Alba, Martha (2010) (coords.), Aproximaciones cualitativas a problemas sociales. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. Nueva época, año 31, núm. 69, julio-diciembre. México.

Geertz, C. (1994). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas.* Barcelona: Paidós.

Goffman, E. (1993). *Estigma. La identidad deteriorada.* Buenos Aires: Amorrortu.

Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza.* Madrid: Cátedra/Universitát de Valencia/Instituto de la Mujer.

Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: Universidad de Guadalajara.

Jiménez, M. L. y Boso, R. (coords.) (2012). *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa.* México: UNAM.

Juárez, J. y Aduna, A. (coords.) (2015). *Alzando la voz por Ayotzinapa.* México: Ediciones del Lirio, UAM Iztapalapa.

Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría, en Moscovici, Serge, *Psicología Social II*. *Pensamiento y vida social. Psicología social y Problemas sociales*. Buenos Aires: Paidós.

Lakoff, G. y Johnson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana.* Madrid: Cátedra.

Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (coords.) (1996). *Historia de los jóvenes.* I. *De la antigüedad a la Edad Moderna.* España, Taurus.

Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Claude (coords.) (1996). *Historia de los jóvenes.* II. *La Edad Contemporánea.* España, Taurus.

Lewin, K. (1976). La teoría del campo en psicología social, en: Deutsch, M. y Krauss, R. M., *Teorías en psicología social*. Buenos Aires, Paidós.

Linton, Ralph (1978). *Cultura y personalidad*. México, FCE.

Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal, en *Revista Alteridades*, año 11, núm. 22, julio-diciembre. México.

Morin, E. (1998). *Introducción al pensamiento complejo.* Barcelona, Gedisa.

Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público.* Buenos Aires, Huemul.

Muñoz, G. (2015). Juvenicidio en Colombia: crímenes de Estado y prácticas socialmente aceptadas, en: Valenzuela, José Manuel (2015b) (coord.), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. México, Iteso, El Colegio de la Frontera Norte.

Nateras, A. (coord.) (2016a). *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas*, tomo I. *Violencias y aniquilamiento*. México: Gedisa, UAM Iztapalapa.

Nateras A. (coord.) (2016b). *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas,* tomo II. *Problematizaciones* (*embarazo/trabajo/drogas/políticas*). México, Gedisa, UAM Iztapalapa.

Nateras, A. (2015). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha.* México, Tirant Humanidades, UAM Iztapalapa.

Nateras, A. (2010). Etnografías de violencia y muerte: la Mara Salvatrucha y el Barrio 18, en: Nateras, Alfredo y De Alba, Martha (2010) (coords.), Aproximaciones cualitativas a problemas sociales*. Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, Nueva época*, núm. 69, México.

Pérez, J., Valdez, M. y Suárez, M. (coords.) (2008). *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos.* México: UNAM, Porrúa.

Pérez, J y Urteaga, Maritza (coords.) (2004). *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*. SEP. IMJ. AGN. México.

Ramos, L., Zamudio, C. y Saltijeral, M. (2016). La estigmatización de hombres jóvenes usuarios de drogas, en: Nateras, Alfredo (2016b) (coord.) *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas*, tomo II. *Problematizaciones* (*embarazo/trabajo/drogas/políticas*). México, Gedisa, UAM Iztapalapa.

Salazar, A. (2002). *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín.* Colombia, Planeta.

Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad.* México, Flacso, Ciesas.

Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México.*México, Ciesas.

Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva.* Barcelona, Paidós.

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación.* Barcelona, Paidós.

Tilly, Ch. (2003). *The politics of collective violence,* Cambridge: Cambridge University Press.

Urteaga, M. (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos.* México: Juan Pablos Editor, UAM Iztapalapa.

Urteaga, M. (2010). Género, clase y etnia. Los modos de ser joven, en: Reguillo, Rossana (2010) (coord.), *Los jóvenes en México*. México, FCE, Conaculta.

Vallejo, F. (1994). *La Virgen de los sicarios*. México, Alfaguara.

Valenzuela, J. M. (coord.) (2015a). *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles.* México, UAM Iztapalapa, El Colegio de la Frontera Norte, Gedisa.

Valenzuela, J. M. (coord.) (2015b). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. México, Iteso, El Colegio de la Frontera Norte.

Valenzuela, J. M. (2012). *Sed de Mal. Feminicidio, jóvenes y exclusión social.* México, El Colegio de la Frontera Norte, UANL.

Valenzuela, J. M., Nateras, A. y Reguillo, R. (coords.) (2007). *Las Maras. Identidades juveniles al límite.* México, UAM Iztapalapa, Juan Pablos Editor, El Colegio de la Frontera Norte.

Valenzuela, J. M. (1997). Culturas juveniles. Identidades transitorias, en: *Jóvenes. Revista de Estudios sobre Juventud*. Cuarta época, núm. 3. CIEJ, Causa Joven. México.